



El viejo circo Alegría no tenía rival. Era 9
único, ninguno se le podía comparar.
Bajo su inmensa lona, hasta el aire olía
diferente; olía a risas, a peligro, a som-
bras, a música, a aplausos, a susto y, por
momentos, también olía a mentiras.

Aunque se llamaba Alegría, allí dentro
nadie estaba contento. El payaso Benja-
mín, que a la luz de los focos parecía tan
simpático y divertido, en realidad era hu-
raño y amargado; no tenía ni un solo ami-
go. Aniceto, el fiero león, temía a la oscu-
ridad; al llegar la noche no podían dejarlo
solo. La paloma que el mago sacaba de la



10

galera se llamaba Celeste, y era blanca.

Celeste llevaba mucho tiempo en el circo. «Demasiado», pensaba ella. Ya no soportaba vivir encerrada en una jaula. «Es muy triste tener las alas siempre escondidas, como si me avergonzara de ellas», reconocía.

Al principio, cuando llegó al circo, ese mundo le hizo gracia. Al menos le pareció más divertido que la tienda de animales donde había nacido y crecido. Pero su alegría fue tan breve como un guiño.

Al día siguiente de llegar, por la mañana, comenzó a ensayar con el mago. Él la había comprado para que colaborara en uno de sus números. Ella debía permanecer muy quieta en el fondo de la galera,

hasta que él le indicara que podía echar a volar. Aunque no parecía muy complicado, para ella no resultaba nada fácil estar encerrada en un lugar estrecho y oscuro donde casi no podía respirar, y que olía fatal.

En los primeros tiempos, Celeste se negaba a ensayar su número. Como castigo, el mago la dejaba sin comer, o le gritaba tan fuerte que llegaba a despeinarle las plumas de la cabeza. Celeste se fue quedando triste, apenas si abría los párpados. Ni siquiera picoteaba los granos de comida.

«A ver si se muere y no podré recuperar lo que pagué por ella», se alarmó el mago. De modo que trazó un plan. Convencido de su estrategia, le dijo a la paloma:

—Si haces bien el número, dentro de un año te dejaré marchar.

Entonces sí, Celeste abrió los ojos, lo miró fijamente y respondió:

—De acuerdo.

12 En vista de que no tenía otra salida, se esforzó en realizar su número lo mejor posible. «Dentro de un año seré libre», se repetía para animarse. Pero Celeste era tan joven que no sabía cuánto tiempo era un año. «Se lo preguntaré al tigre», pensó, convencida de que él lo sabría.